

Para llevar
unas naciones pero siempre
presenta la idea que una per

NORMA HUIDOBRO

Más linda que nunca

...za y temperamento
... nuestro

MÁS LINDA QUE NUNCA

NORMA HUIDOBRO

Es la última hora de clase y la maestra de sexto grado escribe un cuestionario en el pizarrón. Los chicos copian, hablan, se ríen, pelean, comen galletitas. Nicolás es uno de los pocos que escriben sin hablar; no se ríe, no grita, sólo escribe. Mira el pizarrón y luego la hoja y otra vez el pizarrón y cada tanto, y de reojo, a Luciana.

Luciana copia, se ríe, habla con sus compañeras, come caramelos, se suelta el pelo que cae sobre sus hombros pesado y brillante, se lo vuelve a recoger, se da vuelta, le saca el lápiz a Mariano, se ríe, busca la mirada cómplice de las chicas, se da vuelta otra vez y mira a Mariano, le clava los ojos, lo controla, lo domina. Eso quisiera hacer con Nicolás y eso hará a partir del sábado. Por ahora, él sólo está ahí fingiendo ignorarla, pero mirándola de reojo. Ella lo descubrió, aunque él no se dio cuenta. “Se hace el interesante”, piensa. “Peor para él, no le voy a llevar el apunte en toda la semana, y el sábado,

© Norma Huidobro

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2008
Colección: “Escritores en escuelas”



Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Unidad de Programas Especiales

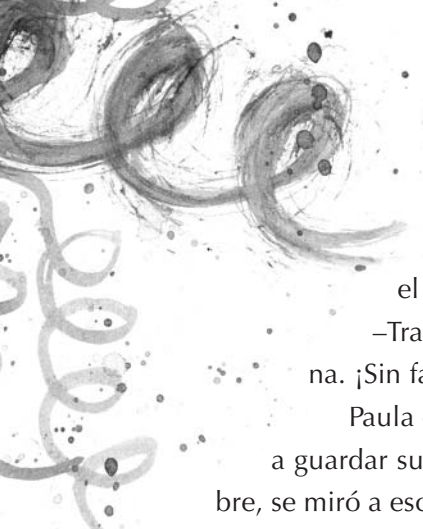
Plan Lectura 2008

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/planlectura

República Argentina, 2008



ya va a ver lo que le espera”.

La maestra terminó de copiar el cuestionario en el pizarrón y ordenó:

–Traigan todas las respuestas para mañana. ¡Sin falta!

Paula copió la última pregunta y comenzó a guardar sus útiles. Antes de que sonara el timbre, se miró a escondidas en el espejo que llevaba en un bolsillo de la mochila. “Fea”, se dijo. “Fea, fea”.

Después se acomodó un mechón de pelo enrulado detrás de la oreja y miró hacia su derecha. Nicolás seguía copiando y mirando disimuladamente a Luciana. Por un segundo, Paula se imaginó con la hermosa cabellera de Luciana. Se veía sentada junto a Nicolás, sacándose la hebilla que le sujetaba el pelo y dejándolo caer sobre los brazos de él.

Sonó el timbre y todos salieron del aula.

“Me gusta tu risa de campanitas”, le había dicho un día Nicolás y ella se emocionó tanto que pensó que se moriría ahí mismo. Pero no se murió, sólo empezó a sentir calor, sobre todo en la cara, y también un temblor en las piernas, pero no se murió como había pensado. Al contrario, ese día se sintió distinta y cada vez que se reía pensaba en las campanitas y en Nicolás y se olvidaba de todo, especialmente de su cara reflejada en el espejo, que nunca le gustaba. No le gustaba su pelo lleno de rulos y alborotado, no le gustaban sus ojos

demasiado chicos, ni la nariz demasiado grande, ni la boca, ni las orejas, ni nada. Pero a él le gustaba su risa... “risa de campanitas”.

Claro que la risa no era suficiente para que Nicolás se enamorara de ella. Para eso había que tener la cara de Luciana; su pelo largo, suave y brillante; los ojos de Luciana, enormes, oscuros, con una cortina de pestañas negras que ella sube y baja mareando a quien la mira. Todos los chicos del grado estaban enamorados de Luciana, todos hacían lo que ella quería. “El único que no le hace caso es Nicolás”, piensa Paula. “Hasta ahora...”

Nico-Nicolás, hoy te vi mirando de reojo a Luciana, escribe Paula en su diario. Y ella se dio cuenta, tonto. Ahora yo sé lo que va a pasar. Te va a atrapar. Lucianaraña prepara su red.

Faltan tres días para el baile que organizaron los de séptimo; tres días para que Nicolás caiga rendido a sus pies. Había valido la pena hacerlo sufrir. Desde el lunes que la mira de reojo. Ella se dio cuenta enseguida. Como si quisiera hablarle y no se animara. Siempre la miró con timidez; al principio se entendía porque Nicolás era nuevo y no conocía a nadie. Pero después... y ahora... “Ahora lo hace a propósito”, piensa Luciana. “Se hace el interesante”. Entonces ella se puso un plazo para atraparlo y empezó a darle celos con Mariano, el

mejor amigo de Nicolás; por eso él la mira de reajo. “Está celoso”, se repite Luciana. “Mejor, mucho mejor”. Según sus planes, todo debía seguir así hasta el baile del sábado. Esa noche, ella iba a bailar con él. Luciana y Nicolás. La chica más linda con el chico más lindo. Celos hasta el viernes. Sábado: noche de triunfo. Ella iba a llegar al baile más linda que nunca, se iba a acercar a él y lo iba a llevar a bailar. Y todos mirándolos con la boca abierta y muertos de envidia.

—¿Y, Paula? ¿Te decidiste?

—Sí, ma. La mini de jean con la remera rosa.

Paula se mira en el espejo grande, el que su madre tiene en el dormitorio. La mini le gusta, la remera también. Listo, así está bien. Pero...

—No sé qué hacer con el pelo, ma.

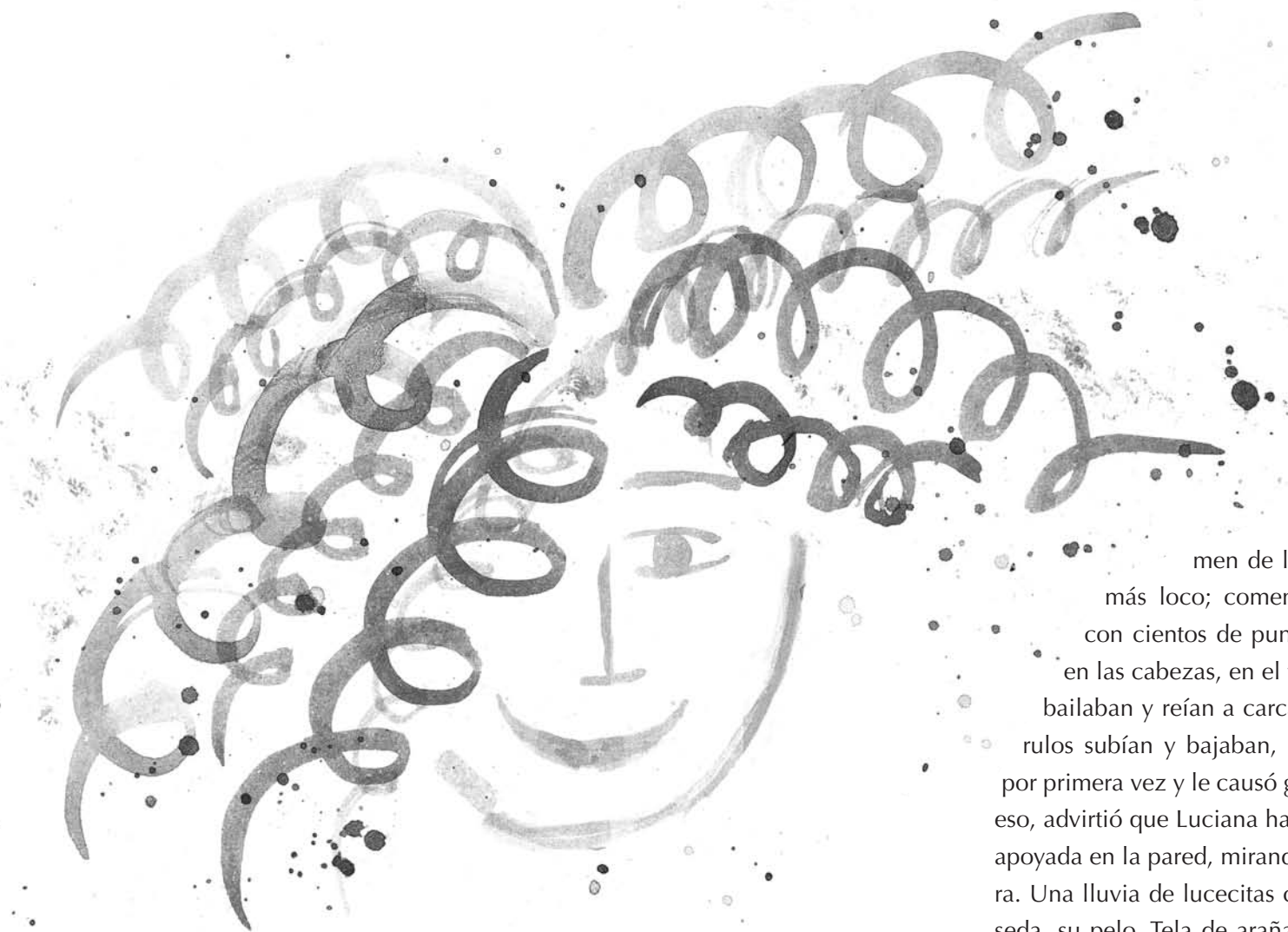
—Ya te dije, dejalo suelto. Suelto —remarcó la madre—. ¿Por qué no aprendés a disfrutar de tus rulos?

El baile se hace en el gimnasio de la escuela. Paula llega a las ocho en punto y sus compañeras ya la esperaban en la puerta. Están todas, menos una. Van directamente al gimnasio, el baile va a empezar. Paula busca a Nicolás con la mirada, pero no lo ve. ¿Llegaría con Luciana? ¿Se habrían puesto de acuerdo? Ella misma la escuchó cuando le contaba a Victoria que lo hacía sufrir a propósito, pero nada más que hasta el sábado, porque esa noche iba a bailar únicamente con él. Paula

entendió por qué coqueteaba tanto con Mariano. Y Nico-Nicolás cayó como un tonto, por eso la miraba de reajo. Y esta noche van a bailar juntos y Lucianaraña va a ser la reina, como siempre. “Me gusta tu risa de campanitas”. Tonto, tonto.

La música estalla y desparrama alegría. Las chicas y los chicos bailan todos juntos, se ríen, saltan, golpean el piso, estiran los brazos. Paula y sus compañeras de sexto bailan acompañando la música con gritos y carcajadas. Ahora llega Luciana. Baja la escalera y todos la miran. Decir hermosa es poco. El pelo le brilla furioso, los ojos son más grandes. Baja la escalera buscando disimuladamente a Nicolás. Pero Nico no está. Entonces Luciana llega hasta el grupo de las chicas y las saluda con un beso y Paula huele un perfume exquisito. Luciana baila con ellas y cada tanto mira la escalera. Agita su pelo de un lado a otro, lo deja caer sobre la cara y después lo echa hacia atrás, siempre bailando y controlando la escalera.

Paula mira deslumbrada la cabellera de Luciana y piensa en la suya. ¿Qué habrá querido decir su madre con eso de disfrutar de los rulos? Ojalá pudiera disfrutar de un pelo como el de Luciana y no de esos tirabuzones que le llegan hasta los hombros y que por más que los estire con el peine, siempre terminan enroscándose como un resorte. “¿Por qué no aprendés a disfrutar de



tus rulos?”, había dicho su madre, y ella se había sacado la hebilla que los sujetaba en la nuca y los había dejado libres, libres y ahora se estaba arrepintiendo. Pero ya era tarde, no podía volver a recogerlos, no había llevado la hebilla.

De golpe subió el volumen de la música y el ritmo se hizo más loco; comenzaron los juegos de luces con cientos de puntitos luminosos destellando en las cabezas, en el techo, en las paredes. Todos bailaban y reían a carcajadas. Paula sentía que sus rulos subían y bajaban, sueltos, libres de la hebilla por primera vez y le causó gracia y se rió más y más. En eso, advirtió que Luciana había dejado de bailar; estaba apoyada en la pared, mirando fijamente hacia la escalera. Una lluvia de lucecitas caía sobre su pelo. Hilos de seda, su pelo. Tela de araña. Y ahí llegaba la presa, su presa. Lucianaraña había desplegado sus redes inmensas y lo aguardaba serena porque sabía que él iría directamente hacia ella. Paula siguió bailando, con sus rulos agitándose al compás de la música y se rió con más ganas. Nicolás se detuvo un instante al pie de la escale-

ra y se quedó mirando. Lucianaraña aguardaba, inmóvil en el centro de su red. Nicolás caminó lento hacia el fondo del gimnasio, esquivando los manotazos de los chicos. Caminaba y sonreía. Se sentía feliz. La había visto, ahí estaba ella, más linda que nunca. Hoy las cosas iban a ser diferentes. Hoy se iba a animar y le iba a decir todo eso que tenía guardado desde hacía rato y no se animaba a decirle. Hoy, sí. Por eso, llegó hasta ella y le dijo:

–Tus rulos se parecen a tu risa. Son mil campanitas sonando todas juntas.

Norma Huidobro nació en Lanús, provincia de Buenos Aires, en 1949. Es profesora en Letras, graduada en la U.B.A. Ejerció en colegios secundarios para adultos, coordinó talleres literarios y se desempeñó como asesora literaria en una editorial. Ha publicado varias novelas juveniles. También ha publicado cuentos para niños pequeños, con el seudónimo de Ana Iriarte.

En 2001 ganó el premio Leer es vivir, en España, por su libro *Los cuentos del abuelo Florián* (o cuatro fábulas al revés). En 2004 ganó el premio Barco de Vapor, de Argentina, con su novela *Octubre, un crimen*. Y en 2007, el premio Clarín-Alfaguara con la novela *El lugar perdido*.

¿Querés leer más de este autor?

¿Quién conoce a Greta Garbo?, *El sospechoso viste de negro*, *Sopa de diamantes*, *El misterio del mayordomo* y *Un secreto en la ventana*, *Octubre*, *El lugar perdido*.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

cfe

Consejo Federal
de Educación

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.